

86/225

La Novela de Hoy



DOGUINITZIO

EL PRINCIPE AFGANO

E. BARRIOBERO y HERRAN

**¿Quiere usted poseer por
cinco pesetas mensuales una
biblioteca completa?**

SUSCRIBASE A LAS

Bibliotecas Populares CERVANTES

que publica LAS CIEN MEJORES OBRAS
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, LAS
CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITE-
RATURA UNIVERSAL Y LOS CIEN
LIBROS EDUCADORES

Por CINCO PESETAS mensuales recibi-
rá usted CUATRO LIBROS todos los
meses.

Obras todas ellas imprescindibles
al OBRERO, EL HOMBRE DE
NEGOCIO, EL SABIO, EL IG-
NORANTE, LA MUJER MO-
DERNA, EL VIEJO, EL JOVEN

Diríjase escribiendo claramente su nombre,
profesión y domicilio, a COMPANIA IBE-
RO-AMERICANA DE PUBLICACIONES,
PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

SUSCRIBASE: Obtendrá una hermo-
sa biblioteca completa, integral, por

CINCO PESETAS

LA NOVELA DE HOY

Director: PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

Oficinas: Príncipe de Vergara, 42 y 44. Apartado 33

Año VIII

Madrid, 13 Septiembre de 1929

Núm. 383

DOGUINITZIO

El Príncipe Afgano

POR

E. Barriobero y Herrán

Ilustraciones de ARISTO TELLEZ



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.

— EDITORIAL ATLANTIDA —

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Madrid.

R. 16030



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

EN EL PROXIMO NUMERO
PUBLICAREMOS

**El baño de
la muerta**

por

Joaquín Arderius



ILUSTRACIONES DE
AUGUSTO



A gloriosa dinastía de los Timur, cuyos orígenes se confunden con los del mundo, hallábase a punto de comenzar su obra, digna de que los poetas vernáculos Fuchal y Rheman le consagrasen una epopeya sonora y ditirámica.

Cuando el viejo siglo XVII abriese sus puertas de oro y luz al siglo XVIII, iba éste a ver bajo el cetro de los Timur todo el imperio persa.

Doguinitzio había venido al mundo para eclipsar y dar definitivamente al olvido las ya remotas gestas de Darío el inmortal.

Así lo anunciaban de modo claro y evidente numerosos presagios y asombrosos prodigios.

Había cantado uno de los bueyes del labrador Kaktimi con voz sonora y distinta, como si previamente hiciera un curso de vocalizaciones en el Conservatorio afamado de la Witihila.

Un murciélago verde habíase posado sobre el hom-

bro derecho de Batanaka, el Gran Sacerdote de la Guitima.

Durante trece noches apareció al lado izquierdo de la Osa mayor una estrella roja, que se movía sin cesar durante tres horas y nueve minutos, y desaparecía, dejando una estela de luz suavísima, como la de las aureolas de los bienaventurados.

De la fuente Hajalaba, seca desde que un caudillo aborigen lavó en ella su clamide ensangrentada, brotó una vena copiosa y clara de agua dulce, como los vinos de Chiaraz, que hacía crecer el musgo y daba a las umbelas, a los tulipanes, a los delfinios, a las clemátidas, a los narcisos y a las malvas los colores del iris.

Una gallina que empollaba huevos de su especie, sacó entre los pollos cinco faisanes dorados.

Los pescadores del fecundo Hilmened, bordeado de moreras y de sauces, entre sus redes extrajeron un pez que tenía la cabeza de cisne y articulaba perfectamente las ocho vocales del alfabeto Krakebek.

En el bastón de mando de Corobo, el jefe civil de la populosa Kabul, fundada seis mil años antes por un rey Kafino, nombre que tomó al expatriarse Caín, el odioso hijo de Adán, habían florecido nardos y violetas; esto es: zatos y ralanas, como en aquella lengua se nombraban estas flores.

Durante siete días apareció en el horizonte una aurora intensamente blanca, coronada de amarillo radiante, y mientras su permanencia, inundaba el espacio de ruidos gratísimos, como de crujir de sedas



y de lejanas armonías musicales, que daban idea de un baile de hadas sobre alfombras de nubes.

Al día siguiente de haberse operado el último de de estos prodigios, como de antemano había resuelto la diplomacia del Imperio, se pactó el enlace matrimonial de Doguinitzio, el glorioso heredero de los Timur, con la hermosa Tankaleda, princesa de princesas que así había de ascender a reina de reinas.

Lo que la fortuna negó a las armas hubo de concederlo a la sabiduría del primer ministro, Mil-at-Nadin, no en balde así llamado, puesto que era la radiante lámpara de la religión y del Imperio.

Tankaleda era hija única de Kenin-Jan, el opulento monarca de Barder-Abbas, en cuyos dominios, de corta extensión y población modesta, fueron siempre rechazadas las armas triunfadoras de los Tamir.

¿Gozaba Kenin del favor de los Dioses? No. Kenin, en sus correrías por los mares de todo el mundo, a bordo de naves de todas las banderas, había templado su alma en las aguas quietas y frías del escepticismo. No podía solicitar el favor de los Dioses puesto que no sabía pagarlo con la oración ni con la penitencia.

Rechazó a los Tamir porque tuvo soldados de todas las razas bien armados y bien mantenidos, ya que así se lo permitía sin sacrificio su inagotable pesquería de irisadas perlas.

Las ceremonias y las fiestas del himeneo fueron en verdad deslumbrantes, y con mano pródiga sembra-

ron durante muchos días el regocijo en toda la grandiosa extensión del novísimo Imperio.

En teatros contruídos expresamente, para que se pudieran contar por millares los espectadores, se representaron las tragedias que gozan de mayor fama en la literatura universal.

En estanques, cavados hasta la profundidad de cuarenta metros, hubo naumaquias al estilo de la Roma Imperial, con naves de marfil cubiertas con terciopelos de seda de Kabul, realzados de oro, y con los ancestrales tapices de Herat, y marineros de todas las razas y de todos los colores.

Para los torneos, numerosos y brillantes, aportaron de Italia y de España gualdrapas, arneses, lanzas y divisas.

Oficiantes de todas las religiones elevaron a todos los dioses oraciones en todos los idiomas y quemaron perfumes que tenían completas las gamas de todos los aromas.

El genialísimo Tilbycio, director de la orquesta de de cámara de Su Altísima Gracia, congregó bajo su batuta cinco mil músicos, que interpretaron de un modo maravillosamente perfecto el himno imperial.

En todos los circos del extenso territorio hubo luchas de gladiadores con gladiadores, y de éstos con fieras de todas las especies.

Surtían los generosos vinos de Chiaraz, los vinos agrios de Jorasán, los vinos espumosos de Talsis y los vinos perfumados de Hamadán numerosas fuentes públicas.

Por cuenta del soberano, regalaban a los hambrientos todos los figones del Imperio.

Las calles de Kabul y de Barder-Abbas fueron tapizadas de antiquísimos damascos, y los reberberos del alumbrado público, revestidos de rosas, quedaron convertidos en pebeteros embriagadores.

De las comarcas más remotas llegaron los más hábiles jugadores del cubilete; Arabia envió sus más diestros y ágiles hailarines, que a presencia de los soberanos ejecutaron la danza materina y la morisca con singular maestría, y la India misteriosa sus fakires, que sorbían fuego y deglutían buídos alfanjes.

El victorioso general Karabalín, caudillo triunfador de mil arriesgadas expediciones, fué encargado de reclutar ochenta cipayos y otros ochenta genízaros de estatura elevadísima para que en el cortejo nupcial llevasen las palmas, engalanadas con dulces, tren-cillas de seda y cascabeles de oro.

Gasterio, el sacerdote que ejercía la alta magistratura de gran director en las danzas litúrgicas, recorrió durante más de dos meses las montañas que bordean los lagos de Vietoria y de Seistan, pobladas por los bandidos de las tribus Chiranis y Visiris, por los sectarios Sufis, Sekis y Ruchamys y por los campesinos Durranis, Berdurranis y Patahínis, en recluta de los danzadores del "atein", el baile nacional, que supieran lanzar los gritos más estridentes, hacer las cabriolas más dislocadas y conservar a la vez la perfección del círculo.

Durante los ocho días precedentes al de la ceremonia, a la hora del yantar meridiano se repartió entre el pueblo de los suburbios ochocientos bueyes asados enteros, con cuernos y pezuñas; cuarenta torres de azúcar de seis metros de altura por dos de diámetro, ocho mil panes y un verdadero piélago de vino—amén del que vertían las fuentes—, mezclado con miel y aromado con rosas y hojas de menta.

... ..
A pesar de la ventura y del bullicio, fueron pocos los que dejaron de observar que el Príncipe no participaba del regocijo de su adorado pueblo. Mostrábase saturniano y sombrío en medio de las fiestas y ceremonias más alegres, y aun refieren los coronistas de casa y boca que en privado era mucho más agrio su carácter.

Cierto es que su matrimonio no lo concertó el amor y sí la razón de Estado; cierto asimismo que la dueña de su corazón, la sin par Tana, en edad prematura y en circunstancias, por cierto, bien trágicas, hubo de pagar su tributo a la tierra; pero como así habíalo dispuesto la fatalidad, no era razonable el que Doguinitzio se negara con tal obstinación a renovarse y a vivir la vida, como los filósofos cortesanos le aconsejaban de continuo.

Además, padecía de algunas manías muy extrañas. Cuando a la muerte de su glorioso padre tuvo por suyo el palacio imperial de Balahisar, flanqueado por las tres históricas torres de flechas alzadas, en cuyos subterráneos se guardaban los tesoros de los

Timur, como viera que por el enorme salón de columnas, numerosas, ricas y varias como las de la Mezquita de Córdoba, a las veces hasta sin los elementales respetos para los riquísimos tapices, circulara una nutrida legión de gatos de Angora, lucios y ágiles, con todas las piedras preciosas de la tierra engarzadas en sus ojos suspicaces, por un solo decreto hubo de condenarlos a muerte vil, sin procesos dilatorios ni piadosas apelaciones.

—Ved lo que hacéis, señor—díjole con voz de arpa eólica la bella Tankaleda—; éste es país de muchísimos krakines. Que así llamaban en aquella tierra a los ratones hasta que el sabio naturalista Mokolio les impuso el nombre europeo.

—¡Prefiero los krakines!—repuso Doguinitzio imperialmente.

Y salió altivo de la estancia.

Al caer la colgadura de seda bordada en oro con motivos de la antigua historia de los Timur, los pajes, para comentar el decreto gaticida de Su Altísima Gracia, hicieron ademán de taladrarse a barrenos la sien derecha con el índice homólogo.

Cuando terminadas las fiestas nupciales determinó Doguinitzio restituirse a los negocios del Imperio, ya le aguardaba impaciente el ministro de los Negocios Nacionales para mostrarle el presupuesto de los gastos.

Prestóle oídos y atención un tanto desdeñosa Su Altísima Gracia, y Tolonito, que así se llamaba el



funcionario, comenzó a leer con voz gangosa epígrafes y cifras.

En tanto, el soberano paseaba su vista por las policromas vidrieras de sus ventanales, que rememoraban las hazañas de Bolo-Bolo y Alkatán I, fundadores de la dinastía que había de concluir en el augusto padre de su esposa.

—¿Qué es eso?... ¿Qué es eso?—interrumpió al lector de pronto.

—Lo volveré a leer—ofreció respetuoso Tolonito—. Ochenta mil ahorkapanes a dos mil rupias o taralas cada uno. Armamento, vestuario, cabalgaduras y atalajes...

—¿Qué hacen esos menestrales?

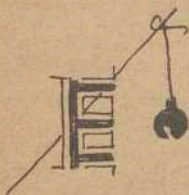
—Conservar el orden, mantener la paz, perseguir a los bandidos Chiranis, que tienen intervenidos todos los caminos del Imperio.

—Suprime los ahorkapanes. Prefiero los bandidos.

La etiqueta imperial prohibía la réplica. Tolonito guardó sus papeles, se arrodilló, besó la mano de Su Alta Gracia y salió sin volver la espalda.

En la antecámara guiñó un ojo a sus compañeros de Gabinete, que allí aguardaban turno para despachar con el monarca, y les hizo, sobre la actividad cerebral del soberano, el mismo comentario mímico que entre ellos habían cambiado los pajes poco antes.

II



L. Consejo de ministros, justamente alarmado por la noticia que del estado de las facultades mentales del emperador acababa de anunciar Tolonito, temió por la salud del imperio, ligada a la de Su Alta Gracia por una relación tan sólida y congruente como la de la flor con el fruto.

Congregó todos los médicos que habían sabido conquistarse los codiciables favores de la fama, y les sometió el caso, anteponiendo el ruego de que hicieran lo posible y lo imposible para conjurar el gravísimo conflicto.

Resolvieron los doctores examinar al presunto enfermo sin que éste se diera cuenta de sus propósitos, para evitar la peligrosa colaboración de las sugestiones con la terrorífica enfermedad.

A este fin, Xandion, que era el malako; esto es:

el decano de la Taloya, como llamaban al Supremo Colegio Doctoral, arregló el que, al presentarse en la regia estancia, simularan ser una diputación enviada por todos los médicos del país para ofrecer a la nueva soberana sus respetos.

Previa la venia imperial, los presentó Mil-at-Nadin, quien, como ya se dijo, era el primer ministro. Hizo Xandion el discurso de homenaje, y el soberano preguntó con aire distraído antes de que terminara:

—Y vosotros, cuando no sois aduladores de los monarcas, ¿qué sois?

—Médicos, señor. Con los mayores desvelos cuidaremos de la salud de Su Alta Gracia, de la de su augusta familia, de la de sus cortesanos y de la de sus súbditos.

—Con los demás, haced lo que os plazca o lo que os consientan. En cuanto a mí, prefiero las enfermedades.

Y con gesto imperial les señaló la puerta del espléndido salón de columnas numerosas, ricas y varias como las de la Mezquita de Córdoba.

Cuando las cortinas de brocado los escamotearon a los ojos y a los oídos del soberano, Xandion, llevándose las manos a la cabeza, pronunció la palabra fatídica:

—¡Fartuko, fartuko, fartuko!

Aquel vocablo doctoral, singular y contundente era un diagnóstico infalible. Se usaba de él entre los sabios médicos del país para calificar la locura definitiva.

Pronto cundió por todo el imperio la desdichada nueva; pero adornada con los aditamentos que, a guisa de radiantes caireles, sabe poner el pueblo a las noticias de esta índole.

Aun no habían transcurrido tres lunas cuando ya se decía en todas partes que Doguinitzio se alimentaba de saltamontes rojos fritos en aceite de colza; que no aceptaba otro asiento sino un cántaro de arcilla; que no quería vestir otro gabán ni otro traje sino el popular, compuesto del estrecho calzón, el jaique de lana y el gorro alto y cónico; que por las noches trepaba sucesivamente a las agujas doradas de las tres torres del Balahijar; que cantaba sin descanso una melopea por él compuesta, con trozos de himnos bélicos y de salmos religiosos; que le inspiraban horror los sacerdotes, las mujeres y los niños; que había quemado los pergaminos en donde, de letras ancestrales, áureas o policromas, estaban escritos los anales y los fastos del imperio; que se decía el dios de los elefantes y el dueño absoluto de los truenos y de las centellas...

Una de las primeras providencias del Yreme o Gobierno, fué la de impedir a Doguinitzio todo acceso al tálamo de la hermosa Tankaleda. Era preciso evitar a todo trance que una dinastía de "fartukos", como Xandion había definido, causara la ruina irreparable de aquel imperio, compuesto de muchos pueblos gloriosos, soldados con una argamasa de pólvora y sangre.

La soberana Tankaleda, que era muy razonable y



sentía el amor de la patria sobre todos los amores, accedió a simular una enfermedad, como de ella había solicitado Mil-at-Nadin, en nombre de la salud pública, y, consultado el Protomedicato, satisfizo los deseos del Gobierno, decorando con un barniz terapéutico la dieta de inquebrantable castidad que gubernativamente se había dictado a la hermosa reina.

A Doguinitzio no le fué penoso, ni mucho menos, el tratamiento. Después de muerta, seguía llenando todos los ámbitos de su corazón Tana, la incomparable, "Espejo del Iris" y "Hermana de la Luna" como en vida fué nombrada, y aunque no dejaba de reconocer ni de admirar las preeminencias físicas ni las excelencias morales de la bella Tankaleda, ni ésta, ni ninguna otra mujer, tenían el indispensable poder misterioso para conseguir que vibraran sus nervios, que latiera su corazón ni que ardiera su sangre, sublimemente varonil, como había probado hasta la saciedad en las batallas militares de su edad madura y en las batallas amorosas de su primera y atormentada juventud.

En otros aspectos de la vida, llegó a notar que las gentes procuraban evitar su trato; que la servidumbre del Balahisar sólo acercábase a él lo meramente indispensable y que, hasta los Ministros habían impuesto a las leyes y a las costumbres palatinas tal elasticidad, que a favor de ella transcurrían a veces dos o más lunas sin que le demandasen sanciones ni le hiciesen consultas.

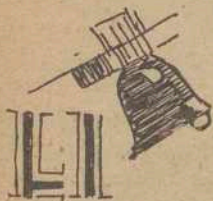
Pero esto no preocupaba gran cosa a Doguinitzio.

Su desdicha amorosa hacía grata la vida interior, y aquella vida interior, tan fuertemente suya, quería convertirla en perpetua oración a la memoria trágica de su amada.

Muchas veces, sus ayudas de cámara y otros servidores de confianza, escuchaban de sus labios este monólogo:

—¡Oh, sabio y grande Malatipa, rey poderoso de los atabeques, férreo dominador de Chiranis y Visisis! “Sé de la piedad—me dijiste—y por eso consiento la muerte de ella. Sufriría mucho más si viviera después de consumado tu sacrificio.” Es verdad. Ella reposa en el lecho de estrellas que le habrán dispuesto en el Kratalandi sus hermanos los dioses. A todos encantará con su belleza serena, coronada de flores de luz. Callarán las arpas kratalandinas para que suene su voz dulce, como el gorjeo de la tilkara en los amaneceres del estío. Y yo, mientras tanto, ardo en el fuego lento de esta pena, para la que no puede ofrecerme la tierra el más pasajero y circunstancial lenitivo...

III



EGÓ, por fin, Su Alta Gracia a darse cuenta de que entre sus cortesanos y entre sus súbditos vivía con reputación de loco.

Todos los días, al rayar el alba, los sacerdotes, vestidos de blanco y presididos por Batanaka, paseaban las calles entonando Tabarrelas, que así se llamaban las letanías de la religión oficial del imperio.

Al llegar el sol al meridiano, la campana más sonora de la Guitima era volteada durante media hora por los brazos robustos de los Bágalos, pues tenían los cánones dispuesto que se hiciera en los casos de públicas calamidades.

Ayunaban a pan y agua en el día quinto los solitarios ruchamis del Seistan, y en el día cuarto los cenobitas sufis del Tarabán.

Los niños de las escuelas públicas, en las primeras horas de la noche, imploraban el favor de la luna, entonando en las plazas públicas de todas las ciudades bien coordinados romances.

Pajitoko, el Ministro de Estado, hizo traer de Francia una reliquia de San Gildas, que se colocó con el mayor disimulo en la cámara imperial.

Los labradores quemaban en sus hogares rabos de zorro y polvos de agimaltea.

Las niñas enterraban en los tiestos de albahaca hojas verdes de cedro y pistilos de jengibre...

Supo Doguinitzio de estos conjuros y ceremonias; los relacionó con las miradas de terror y de piedad que continuamente recogía de todos cuantos le rodeaban, y, después de meditar brevemente sobre ello, adquirió la convicción de que le habían declarado loco.

Sonrió al principio con dulzura compasiva; pero pronto comprendió que sus deberes de soberano no le permitirían inhibirse ni consentir que lo eliminaran de la gobernación de sus estados, y decidió poner a la situación un remedio inmediato y enérgico.

Hizo que llamaran con urgencia a su ministro Mil-at-Nadin; pero cuando vió el espanto y el recelo pintados en su rostro y comprobó que su palabra temblaba en su garganta y vacilaba en sus labios, levantó en alto un escabel y sin el menor remordimiento de conciencia hubiéralo descargado sobre su cabeza, si Mil-at-Nadin, como buen político, no

estuviera convencido de que una retirada oportuna valc siempre más que un triunfo extemporáneo.

El Primer Ministro, compadecido del tristísimo estado de salud que, sin duda posible revelaba aquel gesto de Su Altísima Gracia, dispuso que Xandion volviese a observarlo y determinara remedios enérgicos, para cuya aplicación, si preciso fuera, estarían dispuestas todas las fuerzas del país.

Aunque Doguinitzio era hombre de carácter apacible y más propenso a tomar las cosas a broma que a mirarlas desde puntos de vista trágicos, el proceder de Mil-at-Nadin lo saturó de cólera, y en tan mala disposición se encontraba cuando a su cámara imperial llegó Xandion, el ilustre Maloko de la Taloya, que hubo de trincarlo por el cuello, y si a sus alaridos agoníacos no acudiera toda la brillante guardia de Ahorkapanes del Balahisar, pocos instantes hubiéranle bastado para entrar con todos los honores en el empíreo Kratalandí.

—¡Ya te he dicho—exclamaba Su Altísima Gracia—que prefiero las enfermedades y que junto a mí, nada tenéis que hacer tú ni tus colegas!... ¿Es que el soberano de Multan, de Noplal, de Kabul, de Chandernagor, de Teherán, de Ispahan, de Tauris, de Mecheled, de Nichapur, de Herat, de Hilmeneud, de Barder-Abbas, de Hakalanda, de Krakebec, de Yotorico, de los Tarabanes, de la Roloza, Esteparío, Gazonia y mil estados más, Prevoste de la Kaldulata, Vicario de la Guitima, Caballero del Rojo Faisán, Comendador de la Luna, nieto de Tamerlan y

de Baber, heredero único de los Timur, no ha de mandar en su palacio? ¡Sal de aquí, y que no vuelva yo a encontrar en mi camino a ninguno de tu ralea! ¡Os haré ahorcar a todos! ¡Piensa que has cometido el delito de calumniar a tu soberano al declarar ante el pueblo que está loco, que hoy derrama lágrimas por mi supuesta desgracia! Yo enjugaré sus ojos. Pero dejadme. ¡Salid de aquí todos! ¡Presentadme todos las dimisiones de vuestros cargos, que yo sabré rodearme de gente más experta y más leal! ¡Salid todos ahora mismo de mi alcázar y que, yo no vuelva a escuchar vuestros nombres odiosos ni a contemplar vuestros rostros miserables!

Mientras el emperador declamaba sus apóstrofes, había descolgado de una vieja panoplia una espada mandoble de seis codos de larga, que llamóse en su tiempo Majachimas, según rezaba un tarjetón atado con una tripa de cabra a su empuñadura; pero no tuvo tiempo para ensayar su mohoso filo, pues todos huyeron a la desbandada al contemplar a Su Altísima Gracia en aquella fiera y heroica actitud.

Había quedado únicamente en la cámara de las columnas Laudes, el coronista de casa y boca, que al comenzar la filípica habíase tumbado debajo de un diván para no perder ni aun el más tenue matiz de aquel histórico incidente.

Cuando ya Doguinitzio devolvió el mandoble a la panoplia y se acomodó en su solio, al parecer aquietado de su impulsiva fiebre, Laudes asomó tímida-



mente su cabeza por entre los flecos de la tapicería.

—Ven acá—le dijo amablemente el soberano—, que contigo no va nada. Puedes continuar en tu cargo y, es más, te necesito; creo que tú eres el mejor situado para abrir cauces a la verdad y concluir con esta situación, tan equívoca y lamentable para mi pueblo y para mí.

—Vuestra Altísima Gracia es dueño absoluto de mi persona y de mi pluma.

—Ya lo sé. Por eso precisamente dispondré que te ahorquen...

—¿A mí, señor?

—A ti, a Laudes, mi cronista de casa y boca.

—Perdonad; pero eso no podréis hacerlo. Tenemos nuestras leyes y conforme a ellas no os es dado definir delitos, declarar responsabilidades ni sancionarlas.

—Ya lo sé; pero supón que lo hago. ¿Qué pasa después?

Calló el coronista, aplastado por el imperial argumento. Por sus mejillas rodaban lágrimas como dátiles de Chandernagor.

El emperador, compasivo, le dió una palmadita en el hombro.

—No me has dejado terminar. He dispuesto, o dispondré que te ahorquen, si antes de que concluya esta luna no me has reivindicado ante la opinión pública de ese diagnóstico de demencia que han hecho circular Xandion y los botarates que formaban mi Gobierno.

—Su Altísima Gracia me indicará qué debo de hacer para ello.

—Poca cosa. Yo apenas si sé escribir. He ido trazando en un calepino el diario de mi vida. Dale tú forma correcta, conviértelo en una Memoria o Sepantodos y haz que llegue hasta las aldeas más remotas del Imperio. Cuando todos mis súbditos lo hayan leído, verán lo puestas en razón que están todas mis determinaciones, esas violentas determinaciones mías, tildadas de extravagancias, que han puesto en entredicho mi salud y en peligro mis estados."

El soberano apartó de su alcoba un cuaderno que puso en las manos de Laudes.

Pocos días después, las prensas de la Alemania, porque en el país aún no las había, comenzaban a imprimir la biografía de Doguinitzio, que se repartió luego por todo el imperio para desengaño de los que lo consideraban demente y para sabia lección de los que maldecían de sus originales resoluciones.

IV



IRAD qué extraña coincidencia: Zotos, mi profesor de Filosofía, me dijo esta mañana que en la vida del hombre

no se da un momento de plena felicidad, y ahora me siento plenamente feliz.

Mi padre, el soberano de este vastísimo imperio, ha visitado en su corte al monarca Kenin-Jam, padre de la hermosísima Tana, con el fin de pedirle para mí su mano de nácares y perlas. Kenin-Jam, de acuerdo con su Primer Ministro, Kandalon, ha dicho que únicamente desde el Kratalandí han podido sugerirnos a mi padre y a mí tan excelente idea.

En los comienzos del otoño se celebrará nuestra boda, con las más fantásticas solemnidades.

De nuestra felicidad, plena, aunque Zotos y un dogmatista no lo crean, disfrutarán ese día todos

los millones de súbditos que en los dos imperios nos prestan acatamiento y vasallaje.

2.—Se ha concertado que Tana y yo nos encontremos durante los radiantes amaneceres del estío en los jardines de mirtos y azucenas, que en el confín de sus estados con los nuestros, junto al mar, posee para su recreo el opulento Kenin-Jam.

Yo iré solo, sin escolta, sin pajes y sin preceptores. Tana acudirá con una vieja sirviente adoctrinada en lo de ser discreta y oportuna.

En el centro del jardín construyen para nosotros, altar sublime de nuestros dulcísimos amores, un pabellón con cúpula de plata orlada de rubíes, perlas, topacios y esmeraldas, y tapizado con los más ricos damascos de nuestra casa secular.

¿Por qué dirá Zotos que no hay momentos de plena felicidad en la vida de los seres humanos?

3.—Tana es, sin duda, la mujer más hermosa del mundo. Mis ojos guardan fielmente su retrato desde que la conocí el año pasado, en la fiesta a que hubo de invitarnos Sarabruka, el soberano de la Jarata, para celebrar la circuncisión de su hijo el príncipe Karabola.

Su túnica azul, ceñida por una banda que tiene bordados primorosamente los fastos de su Casa Imperial, dábale el aspecto de una de esas dulces diosas de las Mitologías que innovaron los austeros discípulos de Raabbi Jeshona.

Son también azules sus ojos, de luminosas trans-

parencias; en ellos parecen condensados el cielo y el mar.

Sus cabellos son rayos de sol, tejidos y enlazados con destellos de maravilla.

Su frente es un un fragmento de luna, que se apoya sobre la línea purísima de sus cejas áureas para decorar su rostro, de enervadora placidez.

De nácares marinos, pulpa de frutas delicadas y pétalos de flores, hicieron en el Kratalandí la delicada composición de sus mejillas, que por esto son, sin duda, divinas.

¡Qué hermosa es! Cuando anda, los tallos de las flores se inclinan para besar sus pies, diminutos y blancos como dos pichones de primer vuelo.

Su voz suena dulce y mágica como el canto de la tálkara en los bosques sagrados de la Gazonia...

4.—¡Horror! ¡Horror! ¡Horror! ¡Ved en mí al ser más desgraciado de la tierra!

Esta mañana, cuando mi hermosa prometida venía con su dueña para encontrarme en los deliciosos jardines del opulento Kenin-Jam, sorprendieronla unos bandidos y se llevaron a mi amada en un palanquín de plata.

Mi corazón me dice que no tendrán valor para matarla.

Sin duda se trata de un secuestro, de un ataque rudo y violento a los tesoros de Kenin-Jam y a los tesoros de mi padre.

Su dueña murió, desolada, al terminar, entre sollozos, de comunicarnos la desgracia. Mi enano Pi-



tiko dice que ha muerto de pena porque no quisieron raptarla. ¡Qué insolente!

5.—Durante nueve días nuestras tropas han recorrido centenares de millas sin haber podido verificar el menor rastro ni la menor huella de los bandidos. Subieron a las torres más altas, talaron los montes, registraron minuciosamente las cuevas, sacrificaron cabritos de gamo para leer en sus corazones, arrojaron al mar haces de yerbas olorosas, observaron el vuelo de las aves y lanzaron al aire camisas de serpiente. Bajo campanas de cristal depositaron lagartos sobre lechos de arena. Todo fué inútil. Dijérase que a mi amada y a sus raptores habíalos tragado la tierra o habían volado al Kratalandí en alguna carroza de fuego, como ocurrió a los héroes de esa dulce y policroma Mitología que me enseña en nuestros ratos de ocio y en nuestros días lútricos mi profesor Zotos.

Los Grandes Sacerdotes de nuestras religiones han comenzado a impetrar el auxilio de los dioses para descubrir el paradero de la hermosa Tana y para evitar el que la muerte, que a la vez había de llegar para mí, llene de dolor los dos imperios que han de tenerla por soberana.

¡Que los dioses abran sus corazones a las preces de sus ministros!

6.—Ha transcurrido una luna entera sin que hayamos podido adquirir la menor indicación sobre la ruta de mi amada.

Mi profesor Zotos acompaña a los exploradores y

los guía con su sabio consejo. Cuando vuelva he de plantearle un problema: ¿sin iguales todas las lunas? Los días, con su natural aditamento de las noches, ¿son todos de la misma duración? Seguro estoy de que me dirá: "Sí". Me lo ha dicho antes de ahora. Pero yo sé que no; estos mis días de angustia pasan lentos, como el séquito de una ceremonia fúnebre, y aquellos mis días felices pasaban rápidos, como la muchedumbre de personas que acude a una fiesta.

7.—En mis noches de insomnio pregunto a los astros el destino de mi amada; unos me miran con insistencia, como advirtiéndome que no estoy autorizado para turbar su quietud; otros parpadean compasivos ante mi melancolía interrogante, y otros huyen como para esquivar una respuesta dolorosa. Y al huir escriben con fuego en el firmamento unas palabras terribles y herméticas.

Anoche, cerca ya del alba, una de estas estrellas animadas, al huir dibujó un signo en el que me pareció ver la curva apoyada sobre el trazo vertical que se usa en algunos idiomas para determinar el modo interrogante.

En ciertos aspectos del hermetismo y de la escuela jérogífica, me ha dicho Zotos que el interrogante se puede interpretar como esperanza.

¡Que los dioses den por bueno este presagio y lo confirmen! Yo no he de sobrevivir a la noticia cierta de la desgracia definitiva de mi dulce amada...

V



E ha confirmado el presagio.

—¡Benditos, oh, dioses; que me habéis permitido vislumbrar vuestros designios!

Kenin-Jam, el glorioso padre de mi amada, recibió esta mañana una carta de Malatipa, el caudillo atabeque, jefe supremo de los bandidos Chiramís y Visisis. Hizo en seguida que tus tabeliones tomaran copia de ella, y se la envió original a mi padre para que me sirva de consuelo.

Dice así el documento:

"Kenin-Jam: Grande eres como el sol y como el mar. Yo admiro tu majestad y acato tu poder. No sientas inquietud por la suerte de tu hija. Su persona es sagrada para mí y para mis súbditos.

"Cien doncellas de cabellos de oro y de manos suaves y gráciles como mariposas blancas aderezan

su tocado, escancian sus perfumes, preparan su baño y sirven los delicados platos de su mesa.

"Miltina, la de la voz de cristal, recrea sus oídos con la lectura de los versos de mis mejores poetas, cuando no canta acompañándose del arpa o de la guzla nuestras más bellas baladas.

"Del mar y del monte hago traer todos los días los manjares más propios para el deleite de su paladar delicado.

"Las joyas de cincuenta princesas y los brocados de otras tantas Casas Reales acarician con sus luces y con sus colores la claridad divina de sus ojos y la suavidad floreal de sus carnes.

"Princesa era en tu casa; reina es aquí y son honores reales los que todos le rendimos.

"Mi corazón, curtido ya por todas las hieles de la vida, no puede sentir el amor, y por eso yo de amor no la amo; pero mi edad proveya remueve y aguija los sentimientos de la paternidad y como una hija mía es la hermosa Tana, enviada desde el más alto y sublime Kratalandí para llenar de luz los postreros días de este anciano desventurado.

"Pero bien sabes que siempre fui equitativo y justo; que aquellos a quienes despoje yo en los caminos, desnudos como los demás hombres vinieron al mundo, y estos mis innatos y espontáneos sentimientos, me recuerdan una vez cada segundo que tú también eres padre, y el padre natural de mi ocasional consuelo, y que en estos instantes, tan amargos para ti, darías hasta la última esmeralda

de tu corona, y hasta la última toesa de tus dominios por recobrar a tu hija, sana de cuerpo y de alma, como lo estaba cuando el dios Mercurio que me protege, me hizo la espléndida donación de su persona.

"No quiero tus dominios. No quiero tus piedras preciosas. Sólo quiero mi redención, mi rescate, que harás a la vez que hagas el de ella.

"Quiero apartarme de mi profesión azarosa y he elegido tu reino para vivir en él, junto a ti, en tu Corte, y ayudarte con mi consejo, en el que encontrarás siempre engastados a martillo todos los diamantes de la más ruda y sana experiencia.

"Con tres millones de rupias o taralas tendré lo suficiente para vivir como prócer el resto de mis días.

"Darásme, además, un título de conde, sonoro y eufónico, que encubra bien este nombre y este apodo-
míos, villanos y odiados de muchos que sufrieron las justas sanciones de mi justicia.

"Envíame todo eso y, además, un salvoconducto con persona de tu confianza, y tan pronto como sean hechos la verificación y el recuento, a esa persona y a su séquito nos uniremos Tana y yo para ir a tu Corte y en ella hacer felices tus viejos días.

"Te incluyo el plano con la ruta que habrán de seguir tus emisarios; pueden llegar a la costa en veinte jornadas y allí los aguardarán los míos para conducirlos y guiarlos a esta mi isla, en donde ninguno de vosotros, ambiciosos soberanos, ha tenido habilidad ni audacia para izar su pabellón..."



9.—Día de regocijo y de fiesta fué el de hoy en la Corte de mi anciano y glorioso padre, y no lo fué menos en la Corte del padre de mi amada. Tana vive; y desde su ignota prisión, su pensamiento envía un misterioso fluido que hace vibrar dulcemente nuestros acongojados corazones.

Los sacerdotes han ofrecido a los dioses sacrificios en testimonio de nuestra gratitud. Repartióse a los pobres y a los presos copiosas raciones de pan, vino, carne y huevos cocidos. Gozaron de asueto los niños de las garatas. Corrieron la pólvora los ahorkapanes de las guardias reales y ofrecióse al pueblo un torneo y una naumaquia, en los que han tomado parte los principales caballeros de nuestra obediencia.

¡Ay, Zotos! ¡Siento que vuelven a mí aquellas horas henchidas de la felicidad absoluta que tú niegas! ¡Tana vive y será mi esposa! Los dos soberanos hacen activamente los preparativos adecuados para su rescate.

10.—Anoche quedó totalmente concertada nuestra expedición para el rescate de mi dicha. Los gastos corren por igual a cargo de los dos emperadores. Yo llevaré la dirección y el mando.

En un cofrecillo blindado colocarán en refulgentes monedas de oro los tres millones de taralas que debo entregar a Malatipa, y su llave, anudada en un cordón de seda, penderá de mi cuello como preciado relicario.

Me acompañará un escolta de ocho mil ahorkapanes, los más gallardos que se ha podido encoger en las dos Cortes, porque así conviene al decoro de un

príncipe como yo, para hacer honor a la elevada misión que cumpla y para afrontar los riesgos y peligros que en el camino puedan acecharnos.

Nuestra sabia Intendencia lo ha previsto todo, así en cuanto a la manutención de los soldados como a su armamento.



VI

11



EMOS hecho felizmente la primera jornada.

Cuando salimos, la multitud aplaudía frenéticamente nuestra formación brillante.

Dividióse nuestra tropa en dos falanjes de cuatro mil hombres cada una.

Formaban la de vanguardia los guerreros de Kenin-Jam, curtidos en mil batallas, efusores de sangre de todas razas. Sobre los hierros fulgurantes de sus picas tremolaba el pendón blanco con las cinco llaves de oro y el león prieto, pregonero de las históricas glorias de Hakalanda y Barder-Abbas.

En la falanje de retaguardia formaban los soldados negros que allanaron a mi padre los caminos de sus

fantásticas empresas. Iban al cobijo del venerable pendón de mi casa, azul, con bastones dorados y dos águilas en su centro.

En medio de los dos cuerpos de Ejército coloquéme yo con mi séquito personal y con los esclavos de bronce, portadores del cofrecillo blindado y el dorado palanquín en el que ha de hacer Tana su regreso y su entrada triunfal en la Corte de mi padre.

12.—Continuamos felizmente nuestra ruta.

Esta mañana sufrimos una trivial contrariedad, muy propia de los que caminan y de los que guerrean. Mis tropas tuvieron que andar largamente sobre un terreno pantanoso, y el barro, sin duda, mineralizado, ha destruído sus sandalias. Cuando llegaron a la tierra seca, mis guerreros tenían sus pies desnudos y atrozmente lastimados por los ácidos. También mi caballo resentíase de este contratiempo.

Nos ha sido preciso reposar tres jornadas—tres eternidades para mí—en la ciudad de Naltava, que encontramos a cinco millas del barrizal. Allí, mis soldados sanaron de sus heridas y fueron provistos de fuertes zapatos con herradas suelas, que para en lo sucesivo los pondrán a salvo de semejantes contingencias.

13.—Cuando tres jornadas felices habiannos hecho olvidar la contrariedad sufrida en las inmediaciones Naltava, otra nueva y mucho más grave vino a perturbar nuestros espíritus.

Cruzábamos una llanura sin límite visible, virgen de árboles y rocas. A la hora del medio día, el cielo,

poco antes vestido de purísimo azul, comenzó a ostentar colgaduras de nubes, unas blancas, pardas otras y otras del color del fuego. Huyó el sol como si de repente hubiérase hundido en un abismo. Estalló la tormenta, de truenos formidables y relámpagos degadores que escribían con lumbre en el espacio presagios siniestros. Una lluvia intensa, fuerte y helada cayó sobre nosotros, empapando nuestros vestidos y matando las virtudes de nuestra pólvora, que hubimos de tirar allí mismo como cosa que en vez de sernos útil embarazaba nuestra marcha.

Cuando cesó la tormenta, por todas partes aparecieron numerosos y enracimados enjambres de moscas verdes, grandes como golondrinas, que picaban furiosas a nuestros soldados y levantaban en sus carnes ampollas y tumores. Momentos después, los agredidos comenzaban a hacer las piruetas más grotescas, a decir frases sin sentido y a lanzar alaridos estentóreos.

Nuestros médicos me dijeron acongojados que aquellos insectos crueles habían contaminado a sus víctimas una locura fulminante.

Indagué sobre si había un remedio adecuado para tamaña desgracia, y el sabio Inflagay, que es el jefe de nuestra brigada sanitaria, me dijo vacilante:

—Señor: Remedio hay; pero como desconozco el país, no sé si podremos procurárnoslo.

—¿Cuál es el remedio?

—Estos hombres sanarán en el quinto día si po-

demos someterlos a una dieta absoluta de sangre de asnos jaboneros.

Y como me viera dudar, añadió:

—Con su sangre se sana la locura.

Hipócrates lo dice y yo lo creo...

ha cantado Rehman, nuestro poeta nacional. No se conserva el texto auténtico; pero a nuestro vate ha corroborado Voltaire en sus "Quest. sur l'Encyclopedie" y en su "Dic. art. Folie". No podemos, pues, acoger la menor sospecha de error ni amparar el menor destello de duda.

Con grandes dificultades, porque ninguna disciplina podíamos imponer a nuestros locos, que eran ya la mitad próximamente de nuestros ahorkapanes, forzamos la marcha y llegamos a un poblado, al parecer extenso y rico.

Hicimos allí una copiosa requisa de burros jaboneros, que nos forzaron a pagar a buen precio, y los sacrificamos con pleno éxito por la salud de nuestros soldados.

Cinco días después pude reanudar con nuestras huestes la marcha brillante, sin tener que lamentar ni una baja.

14.—Habíamos hecho nueve jornadas de las veinte que hasta la costa marcaba el plano que el poderoso atabeque Malatipa se había servido enviar a mi suegro ilustre y glorioso.

Al salir del poblado, en donde mis fieros ahorkapanes habían hecho su cura de sangre asnal, nos pre-



vinieron los naturalistas del país que habrían de ser muchos los enjambres de moscas verdes que habrían de atacarnos a lo largo de nuestra ruta; pero que contra tal desgracia podían ellos ofrecernos un remedio muy expedito y eficaz. Consistía en asignar a cada milite una ración abundante de aguardiente, que, consumida durante el día en pequeñas dosis, los mantendría inmunes contra las picaduras de los hemipteros.

Nuestra previsora Intendencia apresuróse a comprar dos mil barricas de aguardiente y una cantimplora para cada soldado.

Cuando hicimos el primer descanso, uno de mis generales me rogó que reuniese mi Estado Mayor para celebrar Consejo, y así lo hice en el acto.

Tomó la palabra el jefe de la Intendencia, y con esa concisión soberana de la elocuencia militar, me dijo:

—Señor: La vida es más fecunda en realidades que la inteligencia humana en previsiones. Yo creí haber dotado a nuestra escolta de todo lo necesario para llevar a término vuestra empresa, y así hubiera resultado si nuestro sino adverso no nos empedrara de dificultades el camino.

La compra extraordinaria de zapatos, de borricos y de aguardiente ha consumido la totalidad de nuestro presupuesto de gastos de ida y regreso; nos falta recorrer próximamente la mitad de la ruta para llegar a la costa y, además, las jornadas que desde allí hayamos de hacer para llegar a los Estados de Malatipa. Es preciso, pues, dotar a la Intendencia

de medios económicos para que pueda cumplir su misión.

Un anciano general, entre interjecciones sonoras y gestos expresivos, propuso que asaltáramos y saqueáramos la primera ciudad que se ofreciese a nuestro paso.

Zotos, que por expresa disposición de mi padre me acompañaba en calidad de hombre sesudo y prudente, y asistía a los Consejos con voz y voto, recordó que los dos soberanos habíannos hecho prohibición terminante de usar de violencias; y después de breve discusión, acordamos abrir el cofrecillo blindado y tomar de él lo indispensable, con propósito de firmar libranzas a Malatipa por lo que faltara, y si el tal no se allanase, sustituir el oro por el acero y el plomo.

Zotos nos representó que, según su parecer autorizadísimo, ni lo uno ni lo otro nos sería necesario, puesto que él mismo se encargaba de entregar a Malatipa el cofre cerrado, con la mayor solemnidad y en nombre de los dos emperadores, después de haber puesto dentro guijarros en sustitución del oro. Sólo estaba el toque en encontrar piedras de igual peso específico al del metal precioso; esto es, de diez y nueve, según la fórmula que guardaba cuidadoso en su puntual memoria.

Para convencernos añadió que una estratagema semejante había sido lícita a un gran capitán ibero de la antigüedad, para procurarse a favor de ella recursos con los que emprender guerras sagradas.

VII

15



ICIMOS las jornadas restantes tranquilos y animosos, sin que otra nueva calamidad nos conturbara.

Llegamos al sitio de la costa que indicaba el plano de Malatipa, y allí nos aguardaban tropa en dos falanjes de cuatro mil hombre cada cuatro hombres fornidos y gallardos, en tocados de caballeros de Corte, con ricos jubones acuchillados, botas altas de finísima piel de antílope y airosos bonetes de veludillo, adornados por sutiles plumas de onocrótalo. De sus tahalíes pendían espadas, no de guerra, sino que también cortesanas y buídas dagas, unas y otras guarnecidas de plata.

—Sin duda sois el príncipe Doguinitzio, el prometido de la bellísima Tana, enviado por vuestro augusto padre y el de ella para su rescate...

Así me dijo el más apersonado de los cuatro, y

yo contesté con un gesto afirmativo. En seguida mi interlocutor me ofreció una espléndida rosa, que dijo enviábame mi bien amada como presente de bienvenida, después de haberla sellado y aromado con sus purísimos besos.

Señálome luego un esquiife cubierto de brocado de plata que allí cerca vi amarrado, y como yo le observara que eran precisas varias galeras para que mis gentes me acompañasen a la presencia del poderoso Malatipa, mostróme unas instrucciones escritas de puño y letra de éste, en las que se apuntaba que sólo podían acompañarme hasta cuatro de mis familiares, que no fuesen de condición militar ni llevaran armas.

El único en quien concurrían estos requisitos era Zotos, mi viejo preceptor; y así, con sólo su compañía, me vi obligado a entregarme a la conducta de los emisarios.

Antes de partir, mis generales volvieron a pedirme que celebráramos Consejo, con el pretexto de recibir las instrucciones a las que debieran atenerse durante mi ausencia.

Mientras el comicio, rápidamente y bien ocultos a las miradas de los mandatarios de Malatipa, vaciamos todo el oro del cofre y de él tomé una modesta porción en mi escarcela. Quedó lo demás en poder de la Intendencia y lo sustituímos con los guijarros que había ensayado Zotos, quien, además, me advirtió que era preciso dejar la llave en poder del inten-



dente para fingir un olvido en la oportunidad adecuada.

Hecho todo esto, saltamos mi filósofo y yo al esquife, y nos imitaron aquellos caballeros, que tomaron los remos diestramente y en pocos minutos perdimos de vista la tierra firme, en donde quedaban nuestras huestes.

16.—Un filósofo y un amante en bilateral alianza, serán siempre los llamados a disputar con singular desnudo el galardón, la palma, la copa y el premio en todas las olimpiadas de la imprevisión que la vida organice.

Ni a Zotos ni a mí se nos ocurrió un momento pensar que podría ocurrir lo que nos ocurrió, y que, sin embargo, tarde lo reconozco por mi culpa, ha sido lo más natural y lo más lógico del mundo.

—Mis soberanos—dijo enfáticamente Zotos, cuando nos vimos en presencia de Malatipa—te hacen merced de todo cuanto solicitabas en tu mensaje. He aquí el salvoconducto con sus firmas y con sus sellos. Toma este hermoso título de conde de Alpaka, con privilegio de grandeza, que te abrirá las puertas de las regias estancias siempre que así lo desees. Y recibe este cofre, en cuyo seno blindado yacen los tres millones de rupias o taralas, precio establecido por ti para el rescate de nuestra hermosa soberana.

—Abre y cuenta—ordenó agriamente Malatipa a uno de sus edecanes, como si tuviera la intuición del engaño.

Zotos y yo nos miramos para comunicarnos nuestro

mutuo y común desco de disolvernó en el aire instantáneamente. El edecán dió dos o tres vueltas al cofrecillo, y en seguida, resuelto, sacó del bolsillo interior de una especie de zamarra que vestía, un robusto cuchillo, y con él hizo saltar al instante la tapa para mostrar irónico a su jefe los guijarros que contenía.

—En poca estimación tienes a tu prometida. Por ese precio no me conviene cedértela—dijo el atabaque sin inmutarse—.

Y luego añadió, dirigiéndose a su secretario:

—Al 7 y al 22, para que no puedan combinar cosas de tanto ingenio como ésta.

Yo caí de rodillas suplicante:

—Tienes razón. Hemos querido burlarte; pero aunque nía no ha sido la culpa, toma, en cambio, mi vida. Arrancámela y da a tus azores y a tus gavilanes mis entrañas; pero antes deja que un momento, un solo instante, mis ojos tengan el consuelo de contemplar a mi amada.

—Ya resolveré. Necesito reunir mi Consejo. Salid.

Y desde hace ocho días estoy recluso en una habitación espaciosa de la vivienda de Malatipa, asistido por un criado sordo-mudo y aislado del paisaje por unas celosías impenetrables.

¿Qué habrá sido de mi amada? ¿Qué de mi profesor idiota que en este trance me ha puesto? ¿Cuál será la suerte que Malatipa me destina?

VIII.

17



OY, décimo-
quinto día de
mi cautive-
rio, hizo Ma-

latipa que me condujeran a su presencia.

—Voy—me dijo—a comunicarte algo de lo que pasa en el mundo, para que al pensar en ello y comentarlo distraigas tu imaginación y no corra yo el peligro de que te vuelvas idiota.

Tus gentes, cansadas de aguardarte, supieron tu secuestro y el de ese necio que te acompaña, y decidieron volverse a vuestros Estados; pero como en la mitad del camino hubo de faltarles el dinero para adquirir víveres, hicieron la otra mitad saqueando las villas, ciudades, lugares y aldeas que encontraban a su paso. Al principio tomaban únicamente lo necesario para subsistir; después, aguijados por la codi-

cia, se hacían con ricos botines y tomaban esclavos y ganados para transportarlos.

Envanecidos por el triunfo y por la opulencia, violaron doncellas y despojaron recintos sagrados.

Cuando lo supo el pacífico y bondadoso Kenin-Jam quiso castigarlos; pero promovieron una sublevación y un motín que hubiera derribado su trono si, oportunamente, no claudicara en su justiciero designio.

Como consecuencia, el soberano cayó en un estado de hipocondría y de dolor que amenazaba seriamente su vida, cuando un emisario mío llegó a la cabecera de su lecho para pedirle siete millones de taralas, tres por el rescate de la hermosa Tana, tres por el tuyo y uno como indemnización por el retraso y por la burla que conmigo habéis hecho.

Al acabar de oír la lectura de mi mensaje exhaló el último suspiro, y ya su alma goza en el Kratalandí de todas las bienaventuranzas.

En vista de este contratiempo, me he dirigido a tu padre, que también llora el pillaje de sus ahorkapanes; pero sólo le hablo de tu suerte y no le pido sino dos millones: él no es tan rico como Kenin-Jam el desventurado.

—¿Y mi prometida? ¿Y la infeliz Tana?—exclamé sin poder contenerme—.

—Ya, sin duda, no es tu prometida.

Razones de Estado impondrán a tu padre, de seguro casarte con la heredera de un trono. Tana ya no es sino una pobre doncella, que habrá de vivir de la merced de sus parientes. El general Pikros, al frente

de los soldados de tu gloriosa expedición, se ha hecho proclamar soberano y así lo han reconocido ya todos.

—Menos mi padre. Estoy seguro. No habrá él de consentir que mi hermosa Tana sufra tan inicuo despojo.

—A tu padre acudieron los parientes de Kenin-Jam; pero les repuso que él estaba ya muy viejo para soportar el arnés y quería vivir en paz sus últimos días.

—¡Ay, mi hermosa Tana! ¡Qué desgraciados somos! Pero no sufras, que yo arrojaré de tus dominios a ese miserable y te devolveré tu trono preclaro y glorioso.

—No sueñes, Doguinitzio. Tu pueblo no quiere guerras. Acaba de votar un plebiscito de admiración y de gratitud a tu padre por su prudente conducta.

—Y ¿qué te propones hacer de nosotros?

—Te lo diré, para que vivas tranquilo. A tu maestro, ya que no ha sabido guardar príncipes, lo he dedicado a guardar la numerosa manada de mis pavos; aviénese bien con el oficio nuevo y parece que quiere vivir en él lo que de vida le reste.

A ti te rescatará tu padre tan pronto como reciba mi carta, y dará a Tana por esposa al dignatario mío que en tal concepto quiera recibirla; pero si todos la rechazan, me veré obligado a...

—¿A qué, a qué? ¡Habla! ¡No me martirices!

—A matarla—dijo fríamente Malatipa.

—¡Monstruo!... Cásala conmigo y yo, en cambio, te prometo...



ਨਾਨਕ ਸਿੰਘ

—No sueñes, no prometas, que nada por ahora puedes darme. Y si yo te la entrego, pensaréis tú y los tuyos que triunfó vuestro engaño. ¡Buena iba a quedar mi reputación de hombre perspicaz y prudente!

18.—Volví a mi encierro y ocho días después hizo Malatipa que me llevaran de nuevo a su presencia.

—Si la serenidad y la entereza—me dijo—son necesarias a todos los hombres para soportar las grandes contrariedades de la vida, mucho más han de serlo a los príncipes, que sólo han de vivir para sus pueblos y a ellos han de sacrificar sus alegrías y sus dolores. Dispón, pues, tu ánimo y haz el tocado de tu alma para recibir una noticia que retorcerá tu corazón; pero sus consecuencias han de alegrarte, puesto que a reconciliarte vendrán con la fortuna.

—¡Habla!—repliqué.

—Tu anciano padre ha sido víctima de su excesivo amor a la paz. Su vida, sedentaria con exceso, tal vez su debilidad, exacerbada por los placeres de la mesa y del serrallo, y a la vez sus muchos años, determinaron el que una congestión cerebral diérale salvoconducto para abandonar este viejo mundo y entrar en el Kratalandí vestido, calzado y armado de todas armas, como a su alta dignidad corresponde.

También cabe suponer que, desde la olímpica altura, su gran amigo Kenin-Jam le haya tendido una mano. El hecho es que ha muerto y en el mismo instante las más altas representaciones del imperio proclamaron tu soberanía.

Una Regencia se ha constituido en espera de tu

regreso, que yo no he de retrasar. Toma mis mejores caballos; ya hice situar en el camino frecuentes relevos. No llevarás escolta que entorpezca tu marcha. Un guía y un criado bastan para tu servicio personal.

Nada quiero por tu rescate; me doy por bien pagado con tu amistad y con el hecho de que un soberano de tu alta jerarquía haya sido mi huésped.

—¿Y Tana? ¿Y mi hermosa Tana? ¡No partiré de aquí sin ella! ¡Quiero que comparta mi vida y mi trono!—me atreví a decir, altanero.

—No te acuerdes de Tana. Puedo asegurarte que ella tampoco se acuerda de ti.

—¡Miserable! ¡La has asesinado!

—Jamás mi espada efundió sangre inocente ni se bañó en la de quien no pudiera defenderse.

A ti—tu padre lo dispuso—han decidido casarte con la hermosa Tankaleda, que como sabes heredó hace algunos años el trono secular de Krakebee. Son razones de Estado que un príncipe no puede ni debe discutir.

Tana, más discreta que tú, dióse cuenta en seguida de la situación; comprendió que tú eras ya para ella el imposible y aceptó la mano vigorosa que le ofreciera Katatrán, mi primer secretario. Ayer, un sacerdote y un juez de mi casa autorizaron sus desposorios, y hoy, con espléndidas fiestas, celebran sus bodas. No sientas por ella la menor inquietud. Katatrán es un excelente muchacho y sabrá hacerla feliz.

—Pero ¿cómo pudo ella aceptar ese matrimonio morganático?

—¿Qué había de hacer? Todas las mujeres sueñan que han de casarse con el rey; pero cuando el tiempo pasa y se convencen de que el rey no llega, empaquéjense con su último marmitón y aún bendicen la suerte que las libró de constante y perpetua soltería.

—¡Infames! ¡Habéis forzado su voluntad!

—Te aseguro que no. Comprendió claramente su situación sin disyuntiva y decidió aceptarla.

—¡No! ¡No es posible! ¡Tú me engañas, Malatipa! Le habéis dado muerte y quieres ocultármelo. Escucha el silencio macabro que viene de fuera. No se oyen músicas alegres ni cantos nupciales... ¡Dime, dime la verdad! ¡Te juro reunir y conjurar todas mis fuerzas para soportarla, por amarga que sea!

—Pues bien; óyela—repuso Malatipa con su frialdad inquebrantable—. Yo no he dispuesto el martirio de tu amada; por el contrario, quise hacerla feliz y la entregué por esposa a Katatrán, por cuyas venas también circula sangre de príncipes; pero las mujeres de mi isla, envidiosas de su belleza, para no sentirse por ella mortificadas..., han sido más crueles que yo... ¡Pobre Tana! ¡No he de negarle el tributo de mis lágrimas!

—¡Infame! ¡Infame!... ¿Por qué en vez de sacrificarla no me sacrificaste a mí?

—Sé de la piedad y por eso juzgo su muerte el mal menor. Ya no sufre. ¡Y cuánto sufriría si volviera después de consumado tu sacrificio! Además, a ti te debe su triste destino. Pudiste y debiste rescatarla y no lo hiciste. ¿Quién te indujo a pensar que



yo iba a haceros felices a los dos a cambio de tres docenas de guijarros?... Pero ¿a qué gastar tiempo y palabras si ni tú ni yo tenemos poder para enderezar el pasado? Ve a gobernar tu reino y firmame antes este salvoconducto y este título de conde por si algún día me decido a ser tu cortesano.

19.—Un momento sentí el impulso de arrojarme sobre Malatipa y despedazarlo con mis uñas y con mis dientes, puesto que carecía de armas; pero me detuvieron las razones de Estado y las lágrimas que momentos antes fluyeron de sus ojos en memoria de mi amada.

Tomé la pluma que me ofrecía y firmé a despecho de mis resistencias interiores.

Acompañóme el bandido hasta el lugar en donde me aguardaban el guía, el lacayo y el caballo; me tuvo hidalgamente el estribo y partí sin decidirme a estrechar la mano que me ofrecía. Mis ojos volvieron a verla manchada con la sangre inocente de mi hermosa Tana.



XI



N todos los poblados del imperio se repartieron las memorias de Doguinitzio, puestas en limpio y corregidas por el coronista Laudés.

Al pueblo inspiró interés y grandes afectos su desventura, y hasta los cortesanos comenzaron a comprender que no por carencia de razón, sino por plétora de razón, prefería los ratones a los gatos y los bandidos a los ahorkapanes.

Si en esta doctrina hubiesen adoctrinado su juventud, su hogar hubiera sido feliz y sus labios habrían tenido la dicha de recoger el último aliento de los de su padre.

E. BARRIOBERO Y HERRAN.

Editorial Mundo Latino

ha puesto a la venta

"El Airón de los Torre-Cumbre"

magnífica novela, intensamente satírica, muy de vanguardia en el pensamiento, muy clásica en la exposición.

El gran novelista

E. BARRIOBERO Y HERRAN

con estilo ameno y fácil, trata en esta novela las cuestiones y los problemas que más intensamente preocupan en nuestra época.

No deje usted de leer

"El Airón de los Torre-Cumbre"

Lujoso volumen, 5 ptas.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Madrid.

OBRAS DE E. BARRIOBERO Y HERRAN

NOVELAS:

Guerrero y algunos episodios de su vida milagrosa.
Vocación.

Syncerasto el parásito.

El hombre desciende del caballo.

Como los hombres.

Matapán, el probo funcionario. 3 ptas.

El hermano Rajao, grado 33. 4 ptas.

Chatarramendi el optimista. 2 ptas.

Nuestra Señora la Fatalidad. 5 ptas.

Historia ejemplar y atormentada del caballero con la mano al pecho. 5 ptas.

El Airón de los Torre-Cumbre. 5 ptas.

ESTUDIOS:

Misterios del mundo.

Cervantes de levita. 1 pta.

De Cánovas a Romanones. Problemas nacionales. 3 ptas.

VIAJES:

Cómo está Europa. 5 ptas.

PRINCIPALES TRADUCCIONES:

De HEGEL: *La filosofía del espíritu.* 10 ptas.

De SUTTONIO: *Roma bajo los Césares.*

De VOLTAIRE: *La poesía épica y el gusto de los pueblos.*

De RABELAIS: *Obras completas.* 3 vols., 15 ptas.

De LORULOT: *Entre los lobos. Costumbres anarquistas.*
3.50 ptas.

De QUINCEY: *El asesinato considerado como una de las Bellas Artes.* 4 ptas.

De MAQUIAVELO: *El breviario de un hombre de Estado.*
4 ptas.

De GUIDO DA VERONA: *Aziadeht, la mujer pálida.* 5 ptas.

— — — *Una aventura de amor en Thera.*

De DOSTOIEWSKI: *El Bufón, el Burgués y otros ensayos.*

De BERSONAW: *Mis veintiseis prisiones y mi evasión de Lelowski.*

NOVELAS CORTAS:

La Cofradía de los Mirones.
Dos capítulos del Quijote suprimidos por la Censura.
Adelfa.
Memorias del Alguacil Buscavino.
María o la hija de otro jornalero.
El 606.
Ganémosle hoy.
El robo de Zampatortas.

TEATRO:

Don Quijote de la Mancha. Comedia lírica. 5 ptas.
Juerga y doctrina. Zarzuela en un acto.
Hombres de honor. Drama en tres actos.
Entre los lobos. Adaptación en cuatro actos.

COLECCION TELEMACO. De obras maestras
y libros raros.—Tomos publicados a 2,50 ptas.

OKAKURA: *El libro del té.*
GÆTHER: *La serpiente verde.*
FORNER: *Apología de España.*
— *Aventuras de Safo y Taón.*
— *Legislación de Moisés.*
— *Libro del conocimiento de todos los reinos.—*

PARA PUBLICAR EN BREVE

Los que piden justicia. Los que administran justicia.
Los instrumentos de hacer justicia.

(Ensayos jurídicos)

El Código Penal de 1928. Sus características.—Su articulado.—Su interpretación.—Su aplicación.

Esta obra, escrita en colaboración con el Dr. D. César Juarros, resultará la más completa de cuantas se han publicado hasta la fecha y será, por tanto, la guía más segura del juez, del abogado y del profano.

Precios de suscripción a LA NOVELA DE HOY

ESPAÑA

Año	14,00 pesetas
Semestre	7,50 "

PORTUGAL

Año	16,00 "
Semestre	10,00 "

EXTRANJERO

Año	22,00 "
Semestre	14,00 "

BOLETIN DE SUSCRIPCIÓN

Don
domiciliado en provincia de
calle de
desea suscribirse por (un año — un semestre)
a LA NOVELA DE HOY, a partir del día
..... de, para lo cual remite por
(giro postal — sellos de correo) pesetas (14,00—
7,50).

En a ... de de
(Firma.)

COMPANIA IBERO-AMERICANA
DE PUBLICACIONES
Calle Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Madrid.

El Libro para Todos

La novela grande de cinco pesetas, completa, por

SEIS REALES

GRAN COLECCION DE DIVULGACION LITERARIA, QUE VIENE PUBLICANDOSE CON LAS OBRAS MAS ADMIRABLES DE

UNAMUNO, VALLE - INCLAN,
PIO BAROJA, GALDOS, PEREZ
DE AYALA, FERNANDEZ
FLOREZ, PEDRO MATA, ALBERTO INSUA, "EL CABALLERO AUDAZ", CARRERE, CONCHA ESPINA, HERNANDEZ

Instituto de Estudios Riojanos



1017267
86/225

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

C/1017267

T-16888

27 MAR 2000

PRÓXIMAMENTE

se iniciará la publicación de

El Libro del Pueblo

(Enciclopedia popular hispano-americana.)

Monografías sobre todos los problemas de la Ciencia, de la Literatura y del Arte. Verdadera divulgación de la cultura contemporánea.

Las mejores firmas con sus mejores textos

En cada especialidad, las eminencias más reputadas.

Literatura, Geografía, Ciencias exactas, Arte, Historia, Ciencias aplicadas, Pedagogía, Artes industriales, Deportes.

DOS TOMOS CADA MES

ESMERADA PRESENTACION

Precio: CINCUENTA CÉNTIMOS

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)
Príncipe de Vergara, 42 y 44. Madrid.